

para la introducción, cierta actualización de datos y una consulta bibliográfica algo mayor, pero ello no quita el mérito de haber publicado por fin un texto hasta ahora inédito y que es del mayor interés para la historia de la Orden de la Cartuja y de la ciudad y Reino de Granada.

S. Cantera Montenegro

Valentín VÁZQUEZ DE PRADA, *Felipe II y Francia (1559-1598). Política, religión y razón de Estado*, Eunsa, Pamplona 2004, XXII + 517 pp.

No tengo reparo en afirmar que nos encontramos ante un libro de historia que merece la calificación de extraordinario. No es frecuente que vea la luz en nuestros días una obra digna de ser incluida con todos los honores en el reducido ámbito de «la gran historia»; esa historia que se escribía en otros tiempos, cuando los estudiosos andaban menos agobiados por el vértigo de los acontecimientos y las premuras de tiempo; unos libros que marcaban con piedra blanca la bibliografía de una disciplina. El profesor Vázquez de Prada ha llevado adelante esa empresa científica, precisamente durante los últimos años del siglo xx y los primeros del siglo xxi.

El tema escogido reviste la máxima importancia para la historia de la Europa moderna: las relaciones entre España y Francia desde 1559 a 1598, en los años que separan el tratado de Cateau-Cambresis y la paz de Verbins. Se trata de un período que abarca casi en su totalidad el reinado de Felipe II en España; y en Francia las luchas religiosas, derivadas de los problemas que plantea la herejía calvinista, los «hugonotes», que penetran en los sectores más representativos de la sociedad contemporánea. Un período de la historia francesa que presenció la decadencia y la extinción de la dinastía de los Valois, hasta culminar en la victoria de los Borbones de Navarra, tras la conversión de Enrique el Bearnés. Un tiempo en que Felipe II se erige en campeón del catolicismo en Francia, y no regatea esfuerzos por asegu-

rar que la monarquía francesa siga fiel a la religión católica, mayoritaria siempre en el país vecino.

El complicado tablero político de Francia estuvo dominado por el peso que tuvieron los grandes protagonistas que hicieron su historia durante la segunda mitad del siglo xvi: los últimos reyes Valois, Francisco II, Carlos IX, Enrique III; los duques de Guisa y los representantes de las principales estirpes nobiliarias; y los grandes movimientos populares, en primer lugar la «Liga Católica». Y, durante treinta años, hasta su muerte en 1589, dominando la escena de la política francesa, Catalina de Médicis, madre de tres reyes, suegra de Felipe II y del futuro rey Enrique IV. Catalina mantuvo siempre que pudo una actitud tolerante frente a los hugonotes, a los que deseaba reconocer un alto grado de libertad religiosa, aunque tanto ella como la monarquía francesa permanecieran católicas. Las relaciones de Catalina con su yerno de España fueron siempre tensas, dentro de un clima externo de relativa armonía; unas buenas formas que no le impidían sostener las aventuras de su hijo menor, el Duque de Anjou, contra los Países Bajos ni apoyar abiertamente a los enemigos de Felipe II, cuando éste conquistó Portugal y se cionó su Corona.

La postura del rey de España hacia el país vecino estuvo condicionada por una serie de factores. Felipe II se presentaba en primer lugar como el protector de la fe en Francia, frente a las ambigüedades de los reyes Valois y de la propia reina madre Catalina. El rey de España defendía sin fisuras la unidad católica y a los grandes campeones del Catolicismo, como los Guisa y la «Liga Católica». Pero hay también razones de Estado en su conducta, y en primer lugar la defensa de los Países Bajos ante Guillermo de Orange y los príncipes protestantes alemanes. En las últimas fases de las «Guerras de Religión», las tropas españolas de Flandes penetraron una y otra vez en territorio francés mientras que la Hacienda hispánica quedó exhausta por los gastos militares y los

subsidios, cada vez mayores, que reclamaban los aliados franceses. La política de Felipe II en relación con Francia resultó al final un completo fracaso. La infanta Isabel Clara Eugenia, hija de su matrimonio con Isabel de Valois, no ocupó el trono de Francia —la gran pretensión de su padre—; Enrique el Bearnés se convirtió en Enrique IV, el monarca indiscutido de todos los franceses. Al cabo de cuatro décadas de conflictos, la paz de Vervins entre España y Francia reconducía la situación al estado de cosas del tratado de Cateau-Cambresis.

Vázquez de Prada ha manejado un inmenso fondo archivístico, procedente sobre todo del Archivo General de Simancas y la Bibliothèque National de Paris. Elemento esencial de esa documentación han sido las relaciones, informes y correspondencia entre los embajadores, ministros, agentes y confidentes, y la corte de Felipe II. Admira la inmensa capacidad de gobierno del monarca, auxiliado por sus consejeros y secretarios de Estado. Admira igualmente la eficacísima organización de la embajada española en París, con su compleja red de colaboradores, expertos en cifra, correos, espías. Admira, sobre todo, la excepcional categoría de los embajadores españoles ante la Corte de Francia, que se sucedieron durante tan decisivo período: Antonio Perrenot de Chantonnay, don Francisco de Álava, don Diego de Zúñiga, don Juan de Vargas, Juan Bautista de Tassis, don Bernardino de Mendoza... Es muy comprensible que, en 1810, el emperador Napoleón, durante la Guerra de la Independencia, dispusiera que este tesoro documental, tan interesante para la historia de Francia, fuese trasladado a París y depositado en los «Archives Nationales». Allí permaneció hasta el año 1942 cuando, mediante un acuerdo con el llamado «Gobierno de Vichy», los documentos fueron devueltos a España y reintegrados al Archivo de Simancas.

«*Philippe II et la France*, un beau drame shakespeareien». Así lo define Pierre Chaunu en el Prefacio de la obra. Ese drama nadie habría podido relatarlo mejor que Vázquez de Prada.

Tanto él como Chaunu fueron discípulos de Ferdinand Braudel, el maestro francés de la historia moderna en el pasado siglo XX. A su lado trabajó Vázquez de Prada durante tres años, en calidad de «attaché des recherches» en L'École Pratique des Hautes Études, y luego durante toda la vida mantuvo con él una entrañable relación. Ante este libro de Vázquez de Prada, afirma Chaunu —el otro gran discípulo de Braudel— el maestro hubiera quedado plenamente satisfecho: «le maître eût été comblé. Je l'atteste».

Felipe II y Francia se inicia, pues, con un prefacio de Pierre Chaunu, seguido de un prólogo del Autor. Tras una conclusión, se incluyen mapas y árboles genealógicos de las principales familias protagonistas de la historia francesa de la época: los Valois, los Borbón, los Montmorency, los Lorena, los Guisa. Sigue un índice de fuentes, una completísima bibliografía y un índice de personas. Como resumen cabe decir que Valentín Vázquez de Prada ha escrito una de esas grandes obras de historia de la Europa moderna, destinadas a pasar a la posteridad y que constituyen una rara excepción en nuestros días.

J. Orlandis

Michel ZIMMERMANN, *Écrire et lire en Catalogne (IX^e-XII^e siècle)*, Casa de Velázquez («Bibliothèque de la Casa de Velázquez», 23), Madrid 2003, 2 vols., vol. I: XXII+1-613+VIII; vol. II: 614-1403 pp.

Michel Zimmermann es doctor en historia por la Universidad de Toulouse-Le Mirail (tesis de estado en 1992). Ayudante de Historia Medieval en la Sorbona (1967-1971), vivió en Barcelona entre 1971 y 1974 como becario de la Casa de Velázquez de Madrid. Actualmente, es profesor emérito de historia medieval en la Université de Versailles-Saint-Quentin-en-Yvelines. Su interés por la historia de Cataluña, especialmente en el periodo condal, muestra la influencia de sus maestros Philippe Wolff y Pierre Bonnassie. Es autor de una trein-